



## ASUNTOS DE LA FAMILIA HUMANA

ANTHON OBESO

Cuando en 1963 la revista OARSO tomó en consideración, como asunto central, el fenómeno de la inmigración, el tema suscitó polémica. Aquello dio mucho que hablar. Sobre todo en determinados círculos, surgieron comentarios de muy variada índole, y las discusiones dieron lugar a opiniones enfrentadas. La revista se agotó. Los preocupados por los asuntos sociales así como estudiantes y profesores de universidad que estaban interesados en estos problemas, se las vieron y desearon para hacerse con la revista, pues era imposible encontrar un número por ninguna parte. Hasta este grado la curiosidad suscitada.

Ahora, dieciocho años después, OARSO de nuevo quiere volver sobre la cuestión y que sus páginas muestren, de alguna forma, alguna o algunas facetas de este fenómeno social tan controvertido.

La cuestión es que ahora, después de este tiempo transcurrido, después de estos dieciocho años, el cariz que ha adqui-

rido este fenómeno social es distinto. Ya no se da el caso frecuente del hombre vestido de pana, con su maleta, de madera muchas veces, que saliendo de las estaciones del ferrocarril preguntaba, con cierta timidez, por una dirección determinada. Hombres llegados muchas veces acompañados por una mujer vestida de negro y por unos hijos más o menos numerosos. La inmigración ha cesado.

No obstante, decir algo sobre esta problemática social, aun cuando la perspectiva ha variado tan considerablemente, es difícil. Fue difícil hace dieciocho años, y sigue siendo difícil hoy. De este modo se pronunciaban los colaboradores de OARSO cuando en una reunión previa se les invitó a escribir sobre el tema.

Y es difícil porque el problema es complejo y porque el asunto se puede tratar desde muy diversas perspectivas.

Y al decir perspectivas se entiende, lógicamente, todos esos lugares sociales, políticos, religiosos y demás, desde

donde se puede emitir una opinión. Y es difícil porque, además, las opiniones son tan diversas sobre el particular que han dado lugar a posturas enfrentadas.

Claro está que si hay disparidad de opiniones es debido a que este fenómeno social ha favorecido a unos y a otros no. Y por lo tanto ahí estarán definidos los favorecidos y los no favorecidos o perjudicados. Aunque también hay que decir que no siempre lo que se expresa corresponde a una actitud sincera. Por el interés que sea, la postura expresada es en ocasiones una postura ambigua. Y, algunas veces, hasta se dice lo contrario de lo que uno realmente piensa. Y esto sucede. Un argumento muchas veces comentado ha sido el de que la inmigración está bien, pero debía de haber sido regulada. Pero tampoco este criterio, que podría dar lugar a una convergencia de opiniones, servía como postura conciliadora. No servía porque para el que así se pronunciaba la llegada de gente desde otros lugares estaba ocurriendo, evidentemente, sin ningún control. Y para el oponente, la regulación, según su opinión, vendría dada tan pronto como la demanda de mano de obra, de personal para la industria, cesara. Lo que, según parece, de hecho, ya ha sucedido. Y lo que, por lo tanto, para estos últimos sería lo que cortara la inmigración.

Pero quizá lo que dificulte más el tratar este tema de la inmigración no sea la diversidad de opiniones o los criterios más o menos enfrentados, quizá lo que verdaderamente haga difícil de tratar esta problemática social sea los sentimientos encontrados. De alguna forma o de otra a esta conjetura venían a parar en sus comentarios los colaboradores de la revista.

Y es que no se pueden emitir juicios sin un estudio a fondo del problema. Un fenómeno social tan intenso y prolongado no puede tratarse a la ligera para exponer un balance. Ha habido logros positivos y ha habido pérdidas, claro está. Y no vamos a ponernos aquí a enumerar lo que se ha ganado y lo que se ha perdido, pues es asunto que, lógicamente, no viene al caso y porque, además, un criterio es sólo un criterio y para un balance objetivo y ecuánime es necesario un conjunto de criterios.

Tampoco vale el punto de vista del que se ha pronunciado en el sentido de que "todo el desarrollo habido ha sido ficticio, y ahora se está viendo el resultado". Esta es una apreciación que se aparta de lo que debe de ser una valoración de un fenómeno social concreto, en un lugar determinado y en un tiempo preciso. Una apreciación así, y las ha habido muchas, es meterse en especulaciones que tergiversan, falsean y enredan la verdadera medida en que deben valorarse las cosas. Pues ante una opinión de este tipo uno puede preguntarse si realmente hay algo que no sea ficticio en todo este tinglado que la sociedad humana ha montado desde sus albores. Y, claro está, esto es meterse en otras dimensiones.

De todas formas, ahora estamos en el final de este fenómeno social de inmigración. Ahora la gente ya no viene. El crecimiento, en todas las facetas, sino paralizado sí que ha decrecido sensiblemente. Hasta hay gente que emigra y, lo que no sucedía hasta ahora, algunas viviendas están quedando vacías y con el cartelito de "se vende". Ha llegado el momento de corregir errores que se han cometido en estos años pasados. Errores que han perjudicado la calidad de vida. Hay que pensar en esas zonas verdes, en esos parques, tan necesarios para todos, sobre todo para los niños y las personas mayores, que quedaron al margen de los proyectos de urbanización. No hay zonas de esparcimiento y esto preocupa a la población. Y cabe pensar que no es demasiado tarde. Parece como si la crisis hubiera llegado a tiempo para solucionar algunos problemas. Anima pensar que a menos de diez minutos del centro del pueblo está ya el monte. Y que en zonas céntricas existen terrenos que están clamando se acondicionen para convertirlos en lugares de paseo y juego. Es necesario pasar de ese 0,5 % de zona verde que actualmente tiene el pueblo a ese 10 % que exige lo establecido por la ley. Y ese sería el primer paso para luego abordar otros de más sutiles servicios.

Así suceden las cosas. Y quizá con esto de la inmigración y la crisis estamos con la misma historia implacable de siempre, que lo que es bueno para unos no lo es tanto para otros, y, a veces, ni tan siquiera es menos bueno. O sea, que lo bueno para unos, es realmente malo para otros. O dicho de otra forma: que nunca llueve a gusto de todos.